



GESEMANI

"Ser Eucaristía viva"



"El Amor no es amado"

Nº 4 - Enero de 2017



"LOS CONFINES DE LA TIERRA HAN CONTEMPLADO LA VICTORIA DE NUESTRO DIOS"



En este tiempo de Navidad, lo primero Señor, darte gracias por haberte hecho hombre, por haberte conocido, por habernos mostrado tu Amor a lo largo de nuestra vida en los momentos muy buenos y en los momentos más difíciles. Por esta HISTORIA DE AMOR que con nuestras familias, amigos, hermanos llevas a cabo.

Qué verdad es, que intentamos siempre agradecer y consolar a Dios, ofreciendo lo mejor de nosotros, los detalles buenos para que esté feliz y alegre; cuando Él sólo quiere nuestra persona, tal y cómo somos, tal y cómo estemos. Nos quiere a nosotros con nuestro nombre y apellidos y cómo estemos en este momento. ¿Cómo somos tan importantes para Él? Vino a la tierra para hacerse hombre, se dejó crucificar, y resucitó para darnos vida. Sólo Dios puede entender ese misterio, esa locura.

Este inicio de año no penséis en qué regalos llevar al Niño Dios como los Reyes Magos de Oriente, sino en **acogerle** en vuestro corazón con más fuerza que nunca, pero en serio; que acogemos las cosas con muchas ganas pero luego, vamos perdiendo ese ímpetu. Cobijémosle en nuestro interior con la fuerza que sabemos que sin Él no tiene sentido muchas cosas que suceden en la vida, porque a veces son difíciles de entender.

No dejemos que al acogerle, se nos caiga porque el niño es pequeño y frágil; hay que **cuidarle**. Cuidarle en ti, en tu interior, en nuestra familia, en el trabajo, con los amigos, en el estudio, en el día a día. A esto nos ayuda la oración, los sacramentos, los sacerdotes, nuestro movimiento: lo que hemos vivido en retiros, reuniones, ejercicios espirituales, campamentos...

Hago hincapié en las noches de Getsemaní, en los retiros de los viernes. Creo que se puede hacer un esfuerzo para subir a estar y velar una hora ó dos con el Señor. Sabéis que ahí hemos nacido y lo que hemos conocido y vivido es gracias a esas noches largas de estar con Él, a veces cansados, dormidos pero no le dejábamos. Al día siguiente estábamos cómo nuevos en el retiro del sábado porque el Señor había pasado por nosotros, le llevábamos dentro y se transmitía.

Ya sé que unos están empezando (los jóvenes) y otros ya tenemos una vocación más definida con unas responsabilidades, y al Señor da igual que reces y estés con él por la mañana, por la tarde, en casa, en la capilla; pero en las noches íntimas de Getsemaní es donde te moldea, es el momento íntimo para estar con Él. Un buen propósito para este año, sería acudir a las noches de Getsemaní, a estar un rato con Él y en unión con los hermanos. Con interés y organizándose se puede, aunque nos cueste. El Señor quiere valientes, que hagan ese "pequeño" sacrificio en reparación de este mundo.

El Señor viene a los suyos y no le recibieron. Que nosotros le acojamos en nuestra vida y nos eleve a la categoría de hijos de Dios. ¡Vivir cada día como hijo de Dios que necesita que nos lleves de la mano!

iiiFeliz Año Nuevo en el Señor!!!

Mari Carmen Pérez Marín



“OS DARÉ PASTORES SEGÚN MI CORAZÓN ...” (Jer. 3, 15)

¡Queridos hermanos de Getsemaní!

¡¡¡Feliz y santo año nuevo 2017!!! Seguimos viviendo este tiempo precioso de Navidad centrado en la Encarnación y Manifestación del Verbo de Dios en el Corazón humano de Cristo. Dios se ha hecho verdaderamente uno de nosotros y se nos ha manifestado, primero a María y a José, después a los pastores y después, en los Magos, al mundo entero.

Y de manera sacramental eso mismo sigue sucediendo en el misterio eucarístico: Cristo se hace presente en la celebración de la Santa Misa y se manifiesta a nosotros y al mundo a través de su presencia eucarística en los sagrarios.

Pero hay una manifestación del Señor al mundo que también quiere hacer a través de cada uno de nosotros, **si somos eucaristía viva**. Debemos llevar a Cristo al mundo siendo nosotros mismos una manifestación de su Corazón. Tarea impresionante que nos sobrepasa a todos. ¿Qué podemos hacer para cumplir esta misión tan alta?



Lo primero...**dejarnos amar**. Tenemos prisa, somos muy activos, parece que la iniciativa viene de nosotros, que somos nosotros la salvación de todo y no nos dejamos amar. ¡Dejarse amar!, *hace falta más amor para dejarse amar, que para amar*. Pues bien, la oración tiene mucho de ese dejarse querer por el Señor, ir allí para estar con Él, esos “*baños de Eucaristía*”, sabiendo que Jesucristo vive y actúa sobre nosotros. Así nos iremos entonando y caldeando en la vida de fe.

Navidad es un buen momento para preguntarme: ¿qué lugar ocupa la Eucaristía en mi vida? A través de cada eucaristía ¿sigue naciendo Jesucristo en mi corazón? ¿Me dejo realmente amar por el Señor? La Eucaristía es de total importancia en dos aspectos inseparables. Como sacrificio, es el misterio de la Redención misericordiosa; y como sacramento, es fuente del Amor Misericordioso.

Ahí tenemos sintetizado lo mucho que necesitamos la Eucaristía. Tengo que dejarme cada día abrazar y transformar por Cristo para poder comunicar el mismo amor misericordioso de Cristo.

En una charla de un encuentro de JRC el P. Mendizábal lo explicaba así:

“No es un abrazo puramente afectivo, el abrazo con la caridad de Cristo que da su vida por el que viene a su encuentro en la comunión: ese es su abrazo de amor, le abraza con el amor de su oblación en la Cruz. [...] el abrazo de Cristo es abrazo del Padre [...] y

el abrazo del Padre y de Cristo es donación de Espíritu Santo. Sí, el efecto de la comunión es la intensificación del amor, el moldear el corazón en el amor y es esa unión mayor con Cristo. Esta unión mayor con Cristo y esta mayor intensidad de la caridad no se hacen sino por el Espíritu Santo que se nos da, porque el amor de Dios se ha difundido en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado.

El Sacrificio eucarístico como que nos envuelve y nos pone dentro y nos transmite su amor y así dándonos el Espíritu Santo pone en nosotros ese amor que da la vida, no cualquier amor simplemente afectivo, sino el amor de ese Cristo que se entrega a nosotros y se entrega por nosotros y dándonos así el Espíritu nos enciende en el amor y nos pone dentro esa forma de amar para que vivamos nuestra vida con ella, para que luego nosotros también lo transmitamos en la vida real de cada día.

Como nosotros cuando saludamos a una persona y estrechamos su mano, eso mismo le mueve a esa persona a estrechar la nuestra, de una manera parecida Cristo abrazando nuestro corazón en el Espíritu Santo, el mismo Espíritu nos mueve a abrazarle nosotros a Él; ese es el momento eucarístico y en ese momento el amor de Cristo es mi amor, es Él el que me lo infunde pero es mío de verdad: en ese momento amo con el amor de Cristo que en ese momento es mío, es el momento de la Comunión que repara el amor de Dios en la entrega de su Hijo que es descuidado por el hombre”

Por eso siempre, pero especialmente en este tiempo santo de Navidad, cuidemos mucho cada Eucaristía. Es impresionante lo que sucede en cada Eucaristía. Cristo vivo nos transforma y nos moldea. Él infunde en nosotros sus actitudes por el don de su Espíritu pues no se trata de un recuerdo del pasado, sino de un misterio de Redención permanente: la Redención hoy, la Redención actuada ahora, comunicada ahora.

Y como sabemos, el Corazón de Cristo en la Eucaristía es el molde. Tenemos que acercar nuestro corazón a la Eucaristía, porque la semejanza se hace siempre por el corazón; es el corazón el que tiene que moldearse según el Corazón de Cristo. Tenemos, pues, que acercarlo a la Eucaristía, y nos acercamos participando en la celebración eucarística cuando la vivimos, en el acercamiento en la comunión.

Cuando Él viene a nosotros, nos moldea, cuando nos acercamos a la presencia eucarística, especialmente en cada Hora Santa, también nos moldea, cuando esa misma sangre nos limpia en el sacramento del Perdón nos sigue moldeando. De parte nuestra hace falta acercarse, contemplar, mantener la unión y dejarse transformar.

Esa es nuestra vocación: ser eucaristía viva. Getsemaní es un movimiento eclesial al servicio de esta vocación. Para eso nació y a eso debe ayudarnos. Que este curso, en el que estamos volviendo a las raíces de Getsemaní, volvamos también muy especialmente a bucear en la insondable riqueza de la Eucaristía.

Con mi afecto y bendición,

Vuestro consiliario, José Anaya Serrano

FORMACIÓN

Os proponemos este mes dos textos de Benedicto XVI que nos ayudarán mucho. El primero dirigido a los niños, sobre la Primera Comunión y la adoración eucarística, el segundo dirigido a todos, sobre la capacidad que tiene la Eucaristía de transformación de los corazones y del mundo (los subrayados son nuestros)

Benedicto XVI, Encuentro de catequesis y oración con los niños de Primera Comunión, Plaza de San Pedro, 15 de octubre de 2005

Andrés: Querido Papa, ¿qué recuerdo tienes del día de tu primera Comunión?

Ante todo, quisiera dar las gracias por esta fiesta de fe que me ofrecéis, por vuestra presencia y vuestra alegría. Saludo y agradezco el abrazo que algunos de vosotros me han dado, un abrazo que simbólicamente vale para todos vosotros, naturalmente. En cuanto a la pregunta, recuerdo bien el día de mi primera Comunión. Fue un hermoso domingo de marzo de 1936; o sea, hace 69 años. Era un día de sol; era muy bella la iglesia y la música; eran muchas las cosas hermosas y aún las recuerdo.



Éramos unos treinta niños y niñas de nuestra pequeña localidad, que apenas tenía 500 habitantes. Pero en el centro de mis recuerdos alegres y hermosos, está este pensamiento -el mismo que ha dicho ya vuestro portavoz: comprendí que Jesús entraba en mi corazón, que me visitaba precisamente a mí. Y, junto con Jesús, Dios mismo estaba conmigo. Y que era un don de amor que realmente valía mucho más que todo lo que se podía recibir en la vida; así me sentí realmente feliz, porque Jesús había venido a mí. Y comprendí que entonces comenzaba una nueva etapa de mi vida—tenía 9 años— y

que era importante permanecer fiel a ese encuentro, a esa Comunión. Prometí al Señor: "Quisiera estar siempre contigo" en la medida de lo posible, y le pedí: "Pero, sobre todo, está tú siempre conmigo". Y así he ido adelante por la vida. Gracias a Dios, el Señor me ha llevado siempre de la mano y me ha guiado incluso en situaciones difíciles. Así, esa alegría de la primera Comunión fue el inicio de un camino recorrido juntos. Espero que, también para todos vosotros, la primera Comunión, que habéis recibido en este Año de la Eucaristía, sea el inicio de una amistad con Jesús para toda la vida. El inicio de un camino juntos, porque yendo con Jesús vamos bien, y nuestra vida es buena.

Andrés: Mi catequista, al prepararme para el día de mi primera Comunión, me dijo que Jesús está presente en la Eucaristía. Pero ¿cómo? Yo no lo veo.

Sí, no lo vemos, pero hay muchas cosas que no vemos y que existen y son esenciales. Por ejemplo, no vemos nuestra razón; y, sin embargo, tenemos la razón. No vemos nuestra inteligencia, y la tenemos. En una palabra, no vemos nuestra alma y, sin embargo, existe y vemos sus efectos, porque podemos hablar, pensar, decidir, etc. Así tampoco vemos, por ejemplo, la corriente eléctrica y, sin embargo, vemos que existe, vemos cómo funciona este micrófono; vemos las luces. En una palabra, precisamente las cosas más profundas, que sostienen realmente la vida y el mundo, no las vemos, pero podemos ver, sentir sus efectos. No vemos la electricidad, la corriente, pero vemos la luz. Y así sucesivamente. Del mismo modo, tampoco vemos con nuestros ojos al Señor resucitado, pero vemos que donde está Jesús los hombres cambian, se hacen mejores. Se crea mayor capacidad de paz, de reconciliación, etc. Por consiguiente, no vemos al Señor mismo, pero vemos sus efectos: así podemos comprender que Jesús está presente. Como he dicho, precisamente las cosas invisibles son las más profundas e importantes. Por eso, vayamos al encuentro de este Señor invisible, pero fuerte, que nos ayuda a vivir bien.

Adriano: Santo Padre, nos han dicho que hoy haremos adoración eucarística. ¿Qué es? ¿Cómo se hace? ¿Puedes explicárnoslo? Gracias.

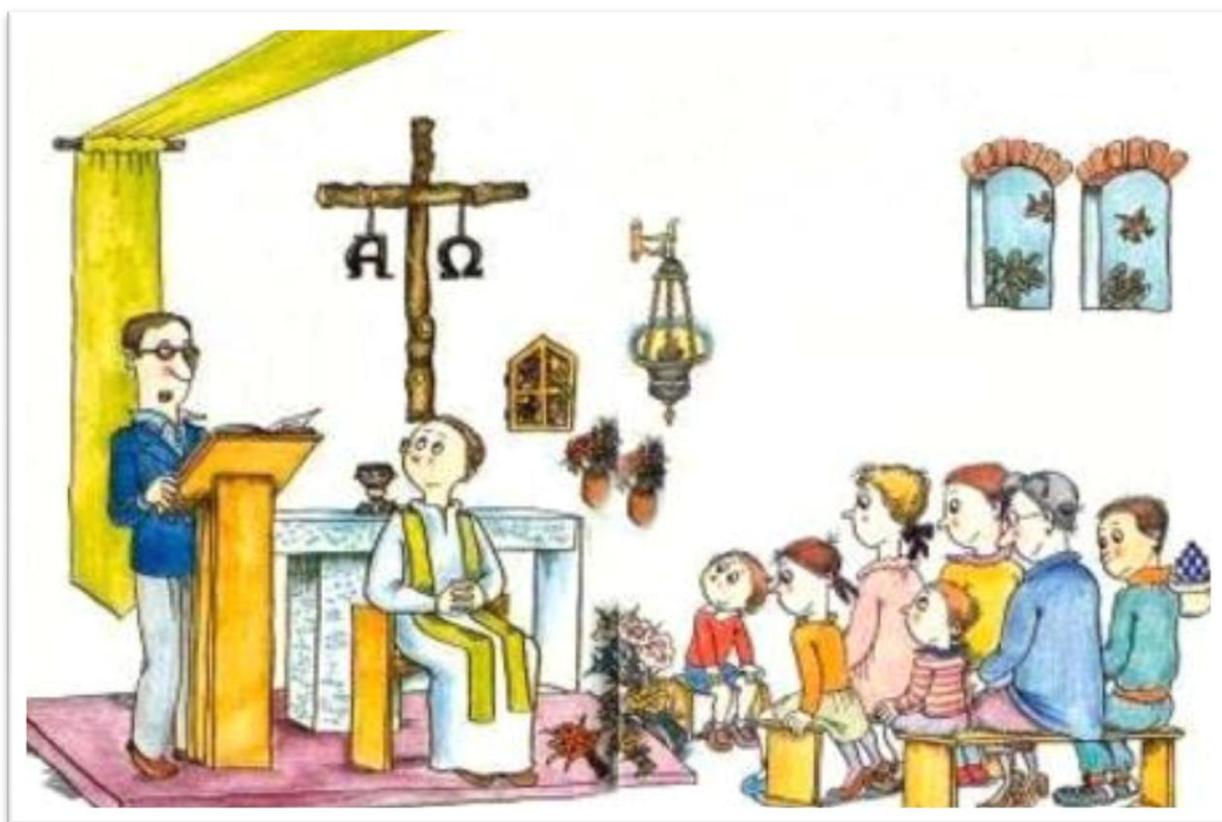
Bueno, ¿qué es la adoración eucarística?, ¿cómo se hace? Lo veremos enseguida, porque todo está bien preparado: rezaremos oraciones, entonaremos cantos, nos pondremos de rodillas, y así estaremos delante de Jesús. Pero, naturalmente, tu pregunta exige una respuesta más profunda: no sólo cómo se hace, sino también qué es la adoración. Diría que la adoración es reconocer que Jesús es mi Señor, que Jesús me señala el camino que debo tomar, me hace comprender que sólo vivo bien si conozco el camino indicado por él, sólo si sigo el camino que él me señala. Así pues, adorar es decir: "Jesús, yo soy tuyo y te sigo en mi vida; no quisiera perder jamás esta amistad, esta comunión contigo". También podría decir que la adoración es, en su esencia, un abrazo con Jesús, en el que le digo: "Yo soy tuyo y te pido que tú también estés siempre conmigo".

Benedicto XVI, Homilía Santa Misa 'Corpus Christi', Basílica de San Juan de Letrán, 23 de junio de 2011

La fiesta del *Corpus Christi* es inseparable del Jueves Santo, de la misa *in Caena Domini*, en la que se celebra solemnemente la institución de la Eucaristía. Mientras que en la noche del Jueves Santo se revive el misterio de Cristo que se entrega a nosotros en el pan partido y en el vino derramado, hoy, en la celebración del *Corpus Christi*,

este mismo misterio se presenta para la adoración y la meditación del pueblo de Dios, y el Santísimo Sacramento se lleva en procesión por las calles de la ciudad y de los pueblos, para manifestar que Cristo resucitado camina en medio de nosotros y nos guía hacia el reino de los cielos. Lo que Jesús nos dio en la intimidad del Cenáculo, hoy lo manifestamos abiertamente, porque el amor de Cristo no es sólo para algunos, sino que está destinado a todos. En la misa *in Caena Domini* del pasado Jueves Santo puse de relieve que en la Eucaristía tiene lugar la conversión de los dones de esta tierra —el pan y el vino—, con el fin de transformar nuestra vida e inaugurar de esta forma la transformación del mundo. Esta tarde quiero retomar esta consideración.

Todo parte, se podría decir, del corazón de Cristo, que en la Última Cena, en la víspera de su pasión, dio gracias y alabó a Dios y, obrando así, con el poder de su amor, transformó el sentido de la muerte hacia la cual se dirigía. El hecho de que el Sacramento del altar haya asumido el nombre de «Eucaristía» —«acción de gracias»— expresa precisamente esto: que la conversión de la sustancia del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo es fruto de la entrega que Cristo hizo de sí mismo, donación de un Amor más fuerte que la muerte, Amor divino que lo hizo resucitar de entre los muertos. Esta es la razón por la que la Eucaristía es alimento de vida eterna, Pan de vida. Del corazón de Cristo, de su «oración eucarística» en la víspera de la pasión, brota el dinamismo que transforma la realidad en sus dimensiones cósmica, humana e histórica. Todo viene de Dios, de la omnipotencia de su Amor uno y trino, encarnada en Jesús. En este Amor está inmerso el corazón de Cristo; por esta razón él sabe dar gracias y alabar a Dios incluso ante la traición y la violencia, y de esta forma cambia las cosas, las personas y el mundo.

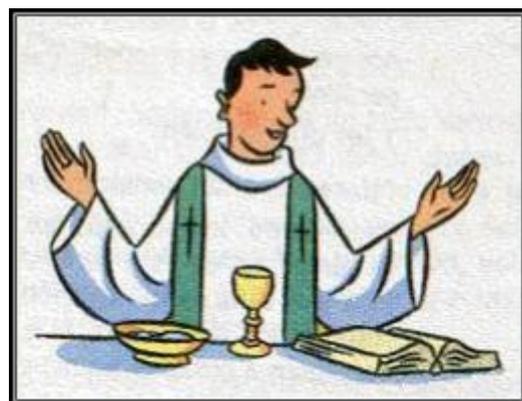


Esta transformación es posible gracias a una comunión más fuerte que la división: la comunión de Dios mismo. La palabra «comunión», que usamos también para designar la Eucaristía, resume en sí misma la dimensión vertical y la dimensión horizontal del don de Cristo. Es bella y muy elocuente la expresión «recibir la comunión» referida al acto de comer el Pan eucarístico. Cuando realizamos este acto, entramos en comunión con la vida misma de Jesús, en el dinamismo de esta vida que se dona a nosotros y por nosotros. Desde Dios, a través de Jesús, hasta nosotros: se transmite una única comunión en la santa Eucaristía. Lo escuchamos hace un momento, en la segunda lectura, de las palabras del apóstol san Pablo dirigidas a los cristianos de Corinto: «El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan» (1 Co 10, 16-17).

San Agustín nos ayuda a comprender la dinámica de la comunión eucarística cuando hace referencia a una especie de visión que tuvo, en la cual Jesús le dijo: «Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Ni tú me mudarás en ti como al manjar de tu carne, sino tú te mudarás en mí» (*Confesiones* VII, 10, 18). Por eso, mientras que el alimento corporal es asimilado por nuestro organismo y contribuye a su sustento, en el caso de la Eucaristía se trata de un Pan diferente: no somos nosotros quienes lo asimilamos, sino él nos asimila a sí, para llegar de este modo a ser como Jesucristo, miembros de su cuerpo, una cosa sola con él. Esta transformación es decisiva. Precisamente porque es Cristo quien, en la comunión eucarística, nos transforma en él; nuestra individualidad, en este encuentro, se abre, se libera de su egocentrismo y se inserta en la Persona de Jesús, que a su vez está inmersa en la comunión trinitaria. De este modo, la Eucaristía, mientras nos une a Cristo, nos abre también a los demás, nos hace miembros los unos de los otros: ya no estamos divididos, sino que somos uno en él. La comunión eucarística me une a la persona que tengo a mi lado, y con la cual tal vez ni siquiera tengo una buena relación, y también a los hermanos lejanos, en todas las partes del mundo. De aquí, de la Eucaristía, deriva, por tanto, el sentido profundo de la presencia social de la Iglesia, como lo testimonian los grandes santos sociales, que han sido siempre grandes almas eucarísticas. Quien reconoce a Jesús en la Hostia santa, lo reconoce en el hermano que sufre, que tiene hambre y sed, que es extranjero, que está desnudo, enfermo o en la cárcel; y está atento a cada persona, se compromete, de forma concreta, en favor de todos aquellos que padecen necesidad. Del don de amor de Cristo proviene, por tanto, nuestra responsabilidad especial de cristianos en la construcción de una sociedad solidaria, justa y fraterna. Especialmente en nuestro tiempo, en el que la globalización nos hace cada vez más dependientes unos de otros, el cristianismo puede y debe hacer que esta unidad no se construya sin Dios, es decir, sin el amor verdadero, ya que se dejaría espacio a la confusión, al individualismo, a los atropellos de todos contra todos. El Evangelio desde siempre mira a la unidad de la familia humana, una unidad que no se impone desde fuera, ni por intereses ideológicos

o económicos, sino a partir del sentido de responsabilidad de los unos hacia los otros, porque nos reconocemos miembros de un mismo cuerpo, del cuerpo de Cristo, porque hemos aprendido y aprendemos constantemente del Sacramento del altar que el gesto de compartir, el amor, es el camino de la verdadera justicia.

Volvamos ahora al gesto de Jesús en la Última Cena. ¿Qué sucedió en ese momento? Cuando él dijo: Este es mi cuerpo entregado por vosotros; esta es mi sangre derramada por vosotros y por muchos, ¿qué fue lo que sucedió? Con ese gesto, Jesús anticipa el acontecimiento del Calvario. Él acepta toda la Pasión por amor, con su sufrimiento y su violencia, hasta la muerte en cruz. Aceptando la muerte de esta forma la transforma en un acto de donación. Esta es la transformación que necesita el mundo, porque lo redime desde dentro, lo abre a las dimensiones del reino de los cielos. Pero Dios quiere realizar esta renovación del mundo a través del mismo camino que siguió Cristo, más aún, el camino que es él mismo. No hay nada de mágico en el cristianismo. No hay atajos, sino que todo pasa a través de la lógica humilde y paciente del grano de trigo que muere para dar vida, la lógica de la fe que mueve montañas con la fuerza apacible de Dios. Por esto Dios quiere seguir renovando a la humanidad, la historia y el cosmos a través de esta cadena de transformaciones, de la cual la Eucaristía es el sacramento. Mediante el pan y el vino consagrados, en los que está realmente presente su Cuerpo y su Sangre, Cristo nos transforma, asimilándonos a él: nos implica en su obra de redención, haciéndonos capaces, por la gracia del Espíritu Santo, de vivir según su misma lógica de entrega, como granos de trigo unidos a él y en él. Así se siembran y van madurando en los surcos de la historia la unidad y la paz, que son el fin al que tendemos, según el designio de Dios.



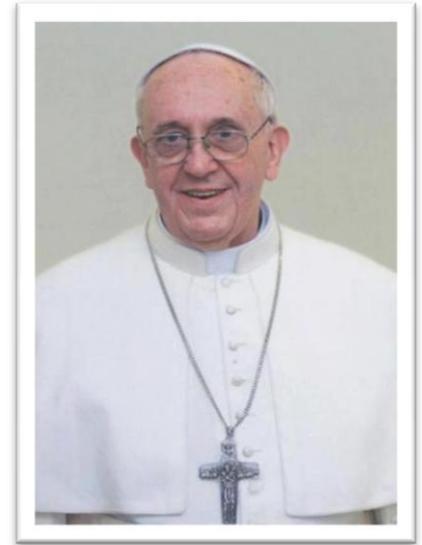
Caminamos por los senderos del mundo sin espejismos, sin utopías ideológicas, llevando dentro de nosotros el Cuerpo del Señor, como la Virgen María en el misterio de la Visitación. Con la humildad de sabernos simples granos de trigo, tenemos la firme certeza de que el amor de Dios, encarnado en Cristo, es más fuerte que el mal, que la violencia y que la muerte. Sabemos que Dios prepara para todos los hombres cielos nuevos y una tierra nueva, donde reinan la paz y la justicia; y en la fe entrevemos el mundo nuevo, que es nuestra patria verdadera. También esta tarde, mientras se pone el sol sobre nuestra querida ciudad de Roma, nosotros nos ponemos en camino: con nosotros está Jesús Eucaristía, el Resucitado, que dijo: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos» (Mt 28, 21). ¡Gracias, Señor Jesús! Gracias por tu fidelidad, que sostiene nuestra esperanza. Quédate con nosotros, porque ya es de noche. «Buen pastor, pan verdadero, oh Jesús, piedad de nosotros: aliméntanos, defiéndenos, llévanos a los bienes eternos en la tierra de los vivos». Amén.



Intenciones del Papa

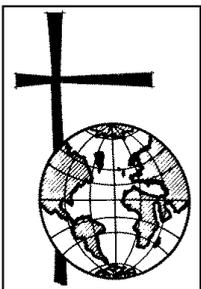
Mes de Enero

Por la Evangelización: Por todos los cristianos, para que, fieles a las enseñanzas del Señor, aporten con la oración y la caridad fraterna, a restablecer la plena comunión eclesial, colaborando para responder a los desafíos actuales de la humanidad.



CEE: Por la unidad de todos los creyentes en Cristo, para que los esfuerzos de las iglesias no sean en vano y se logre la unidad que Jesucristo ha querido para sus seguidores.

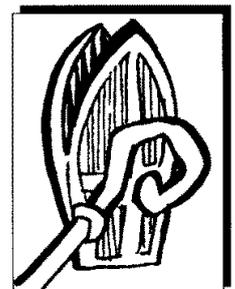
Mes de Febrero



Universal: Acoger a los necesitados.

Por aquellos que están agobiados, especialmente los pobres, los refugiados y los marginados, para que encuentren acogida y apoyo en nuestras comunidades.

CEE: Por todos los consagrados y en especial por los que se dedican a la vida contemplativa para que, siguiendo el consejo del Señor se orar sin desfallecer, tengan siempre sus ojos fijos en el Señor y con su oración sostengan la misión de la Iglesia.



No olvides...



- ✓ Este próximo 28 de enero los chicos del M.E.G tendrán la primera Convivencia del año. Para más información contactar con Juanjo Tebar.
- ✓ Coincidiendo con el primer viernes de mes tendremos el próximo Retiro los días 3 y 4 de Febrero. Comenzaremos el viernes por la noche en el Santuario de los Sagrados Corazones (antiguos Jesuitas), en Toledo. El sábado será en la parroquia de San Juan de la Cruz, en Toledo.
- ✓ Recordaros que seguimos recopilando material de todo tipo relacionado con Getsemaní. Cualquier documento nuevo o antiguo: charlas, videos, fotos, etc.; serán bienvenidos. La encargada es Clara I. de Antonio.



MOVIMIENTO APOSTÓLICO GETSEMANÍ
<http://www.getsemanitoledo.wordpress.com/>
getsemanitoledo@outlook.es

